

Descubrir al prójimo. Emmanuel Mounier: filosofía y mística para el mundo posmoderno

Por Pbro. Lic. Hernán Antonio Acosta¹

Descubrir al prójimo. Emmanuel Mounier: filosofía y mística para el mundo posmoderno, Hernán Antonio Acosta, 2022, Madrid: PPC Editorial.

¹ Sacerdote de la Diócesis de Morón, profesor de Historia y Ciencias Sociales por el Instituto Superior Sagrado Corazón de Jesús y licenciado en Teología Sistemática por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Coordinador del Archivo Histórico de la Diócesis de Morón, profesor de la cátedra de Ética filosófica en la Escuela Diocesana de Servicio Social “Monseñor Gerardo Tomás Farrell” de la Universidad de Morón y profesor de teología en el Instituto Superior Monseñor Miguel Raspanti, donde también coordina el Departamento de Investigación Catequética y Teológica.

“No es la fuerza lo que hace a los revolucionarios, es la luz...” (Mounier, 2002, p.35). Esta afirmación de Emmanuel Mounier en “Manifiesto al servicio del personalismo”, sigue vigente a los 85 años de su publicación. La humanidad sigue atravesando una crisis material y espiritual, tironeada su existencia por algunos déspotas y por un sistema económico que la saca de su eje, usando terminología del Papa en *Laudato si*, cuando habla de la antropología descentrada en nuestro tiempo. Hoy lo vemos más que nunca por la crisis humanitaria que acarrea una nueva guerra, anacrónica y estúpida.

En la época de Mounier (1905-1950) la filosofía pasó del idealismo al nihilismo. El nihilismo, apropiándose de la cátedra filosófica, no ha dejado que otras voces se eleven dentro del mundillo filosófico. ¡Viva la desesperanza! Ahora, en nuestros tiempos, filósofos de apellidos impronunciables postulan la “no verdad” o la negación de los valores, pero esa moda ya es vieja (aunque sigue vendiendo, claro).

Mounier, por el contrario, alejándose de aquella mirada avinagrada de la vida, dio a luz una filosofía esperanzadora centrada en la persona humana y abierta a la trascendencia. ¡Alejemos la angustia! La angustia, el sinsentido de la vida, el absurdo, ¿qué trajo al mundo de positivo? Mounier, frente a esta filosofía, dijo acertadamente:

El hombre contemporáneo se cree absurdo; quizá sólo sea insensato... La angustia no es ya una idea que flota en los corazones ociosos. La angustia se ha hecho carne, o acero sin duda... En el medio de esta crisis, nosotros tenemos que favorecer a la vez la permanencia del hombre y su cambio. (Mounier, 2002, p.631).

La angustia se ha hecho acero... Hoy podemos repetir esta frase ante tanto acero que quiebra y desangra al pueblo ucraniano. Por eso, tenemos que luchar por la permanencia de la persona y de la vuelta a su centro; tenemos que velar por el sentido de la vida y condenar el sinsentido de la violencia y todo lo que atente contra la persona. He aquí la intensión de esta reseña.

No estamos en tiempos donde podemos darnos el lujo de hablar sobre banalidades. Hablemos del ser humano, sobre sus ansias y necesidades. Sí, por

supuesto, hablemos de su sufrimiento; pero también de su trascendencia, de su entrañable carga esperanzadora que puede transformar la realidad. El ser humano es el único que puede personalizar el mundo, es decir, elevarlo. Pero no será fácil hablar en este sentido trascendente, porque hay que ir a contracorriente de la filosofía en boga.

¿Mentira la verdad? Por supuesto que no, sí hay verdades indiscutibles: el valor de la persona, su dignidad absoluta, su llamado a la trascendencia. Digamos las cosas como son. ¡Perdamos la vida gritando esta verdad, demos la vida defendiendo la vida! “Solamente nos encontramos al perdersnos; sólo se posee lo que se ama. Vayamos más lejos, hasta el límite de la verdad que nos salvará: sólo se posee lo que se da” (Mounier, 2002, p.65). Elevaremos nuestras voces humildemente. Sabemos que “nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito, sino al testimonio” (Mounier, 2002, p.46).

El libro “Descubrir al prójimo. Emmanuel Mounier: filosofía y mística para el mundo posmoderno” aborda su figura desde el diálogo entre la filosofía y la teología, para pensar creyendo y creer pensando. Con estas coordenadas, el primer capítulo nos trae una biografía de Mounier, cuyo testimonio nos permite entender mejor su pensamiento. Como dijo Unamuno: “La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía la que más cosas nos explica” (Unamuno, 1919, p.6). Nuestro filósofo vivió en una época dramática. Con tan sólo cuarenta y cinco años de existencia vivió dos guerras mundiales y una crisis económica de niveles pandémicos. Se licenció en filosofía y le ganó la cátedra universitaria a Sartre, pero su corazón tomó otros rumbos. De hecho, aborrecía la universidad. ¿Por qué? Porque no tocaba los corazones humanos, no se metía en las problemáticas de la persona. La universidad y los filósofos estaban cooptados por un idealismo y, luego, por el nihilismo que terminó de parir el siglo XX con sus locuras de guerra y su llamado a la muerte de Dios y del hombre.

El segundo capítulo es eminentemente teológico: describe su espiritualidad de donación, pobre y cotidiana, pero desde su ser laico, es decir, un hombre que dio testimonio cristiano en su familia, en su trabajo y entre sus amigos; pero

también aborda su mística, una que se une a Dios en el misterio del sufrimiento padecido y que abre sus ojos ante el prójimo. Es una mística eucarística, donada, sufriente, que nuestro filósofo encarnó en la enfermedad, en la cárcel, en la guerra y, sobre todo, en la enfermedad de su pequeña hija. En una carta a su esposa, desde la trinchera, escribe:

¿Qué sentido tendría todo esto, si nuestra muchachita no fuese más que un pedazo de carne hundido no se sabe dónde, un poco de vida accidentada, y no esta blanca hostia que nos sobrepasa a todos, una infinitud de misterio y de amor que nos deslumbraría si lo viéramos cara a cara... De la mañana a la tarde, no pensemos en este mal como algo que se nos quita, sino como algo que damos para no desmerecer de este pequeño Cristo que está en medio de nosotros, para no dejarle solo en el trabajo con Cristo. No quisiera que perdiésemos estos días porque olvidáramos tomarlos por lo que son: días llenos de una gracia desconocida (Mounier, 1988, p.752-753).

El tercer capítulo recorre las principales intuiciones filosóficas de Mounier, tal vez más necesarias en nuestro tiempo que en el suyo: el ser entre el tener y el dar, la apertura trascendente de la persona, la afirmación de que la capacidad de amar define al ser, el *mitsein* mounieriano que invita a co-existir, la conversión íntima y el afrontamiento necesario del ser humano ante las problemáticas de la vida.

El último capítulo refiere a la sintonía que existe entre el pensamiento de Mounier y el magisterio del Papa Francisco. No sólo remarca este aspecto llamativo de coincidencias explícitas entre ambas figuras, citando los documentos magisteriales y los escritos de Mounier, sino que también deja en evidencia la vigencia del pensamiento de Mounier. Francisco opina que “nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana” (*Gaudete et Exultate*, 6). Mounier (2002) llega a la misma conclusión, diciendo que “la comunidad no es todo, pero la persona aislada no es nada” (p.60), porque en definitiva “nadie alcanza su salvación totalmente solo” (p.701).

Rescatar a Mounier de la estantería más baja de la biblioteca, adonde lo pusieron y ocultaron, es redescubrir una piedra preciosa. Más que una invitación a leer mi libro, estas pocas palabras son una invitación a descubrir su pensamiento. Hoy urge encarnarlo más que conocerlo; sobre todo, creo que como filósofos tenemos la tarea de divulgarlo.

Bibliografía

Mounier, E. (1988). Obras completas. Tomo IV. Salamanca: sígueme.

- (2002). El personalismo. Antología esencial. Salamanca: Sígueme.

Unamunu, M. (1919). Del sentido trágico de la vida. Madrid: Renacimiento.